

JORNADA MULTICOLOR

Mayor
Circulación
Sudamericana

Sección Nacional de JORNADA MULTICOLOR para
toda la Argentina, con venta y entrega exclusiva
de boletines, listas de interés cultural, pági-
nas de alta calidad literaria, especialmente
seleccionadas para el público argentino

Sábado 21 Nov. 1931

La mulata que frenetiza rubios

GUEVARA



POEMA DE CARLOS DIAZ PUA

Mae, la mulata alucinada
nació cuando en Lenox Avenue
se había muerto el pájaro del silencio,
y las estrellas que soñaba Sam, el ciego,
eran borradas del dulce cielo de Harlem
por los faroles que abrían la encreujada
de sus mágicas noches.

★ ★ ★

!Qué pequeñas sus manos y su talle
cuando comenzó a balancear su cuerpo
a los acordes tristes y nostálgicos
del blue del Perro Amarillo!

★ ★ ★

"Yellow Dog Blues", "I am coming Virginia",
musitaban sus labios en los atardeceres
ante los cuales se iba entreciendo,
anhelante,
la flor de su adolescencia.

★ ★ ★

Apenas se había distendido un poco
su bata floreada bajo el peso
de los senos breves y maravillosos,
cuando Joe la encandiló para siempre
con el gotear sangriento de su banjo brujo.

★ ★ ★

¿En qué arista del destino, se quebró
la dichosa pulsación de Joe, el negro
de las manos lúcidas

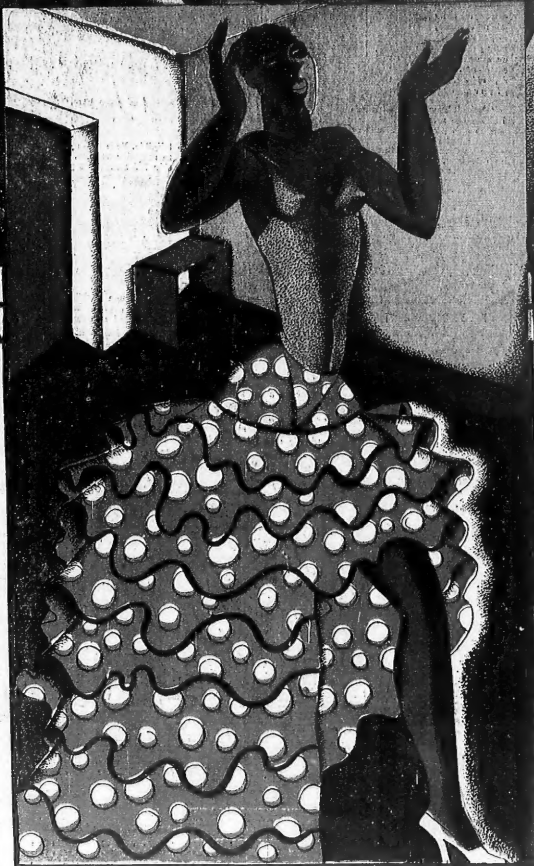


ILUSTRACIÓN DE GUEVARA

que florecían nostalgias y congojas?
Nunca volvió de su viaje en el carguero.

★ ★ ★

Desde entonces Mae lleva
en el fondo de sus ojos profundos y pluviales
algo dormido y cansado
como una lluvia de estrellas.

★ ★ ★

Su cuerpo como una llama súbita
emerge del vendaval de los "rags", los
["stomp", los "shuffles".

★ ★ ★

De la ciudad alta y feliz
bajan los blancos de bolsillos prontos
y ávidas horas. Noche tras noche
buscan el encendimiento de su cuerpo
borracho de jazz.

★ ★ ★

Mae, la mulata alucinada
baila al ritmo de los cobres agriales
y los estridentes bronces.

★ ★ ★

Frenetiza a los rubios con sus danzas.
Pero sus ojos permanecen distantes,
[inhumanos.

En el fondo luminoso de sus ojos
hay algo dormido y cansado
como un lento lloviznar de estrellas.

El Tren Desapareció

por Claude Farrere

Traducido del francés por
L. R. de DORFMAN

CUANDO el tren de las 11 y 45, con un zordo rugido, penetró en la estación, el jefe de ésta, Tibphaigne Hoff, agitó su linterna en el aire y gritó, por simple fuerza de costumbre: «¡Parada!».

Lo hizo también por pura fuerza de costumbre, antes de alabar, pero en el mismo momento que él con la boca abierta. Podría jurar que un minuto antes la plataforma estaba vacía; y, sin embargo, ahora veía en la estación a dos viajeros, como si estos hubieran aparecido desde las entrañas de la tierra. Los forasteros, uno muy alto y el otro de estatura muy baja, empezaron el momento de entrar en el tren.

LOS DOS VIAJEROS

—¿Tomen asiento? — gritó Tibphaigne Hoff con toda la furia de sus pulmones.

Puesto que los pasajeros no de mostraban mucho interés, él tuvo que esperar un momento más. La pareja tenía un aspecto muy extraño. El de poca estatura, verdaderamente muy poca, no tenía nada de extraordinario en su semblante, salvo de que parecía tener la edad del viejo Perrito y de que su cabellera, según la usaba, parecía ser la de un viejo Perrito. El otro viajero, más alto que el primero, era un hombre que se parecía a un par de calzones cortos, ajustados en las rodillas, rasados por debajo y una especie de cascabel en la cintura con botones de plata; y sus faldones anchos la hacían parecer a una pollera mexicana. Esta estaba se combinaba con un sombrero blanco de copa, con una cinta de terciopelo y con un cayado con mango de oro, más alto que el hombre que lo usaba, y con las dos manos. De toda la extraña persona se desprendía un fuerte olor a tierra.

UN ESCALOFRIO

El otro viajero, el muy alto, tenía el aspecto aun más curioso. Al verlo el jefe de la estación sintió un escalofrío. Era una figura alta y flaca, envuelta en un manto de color indefinido, que se arrastraba por el suelo y podría haber sido por una mortaja. Sin embargo, estaba cubierta con una capa azul, que tenía franjas y un cuello de terciopelo. Su rostro era una máscara blanca, con los ojos hundidos y la boca en una línea recta. Él se movió con una gracia elegante, sobre la manija del carril de transportar los equipajes, evitando en la plataforma por el mazo de carril.

Tradicionalmente estos viajeros representaban una pareja grotesca. Pero Tibphaigne Hoff no tenía tiempo para observarlos, pues la hora de la partida del 11.45 casi había pasado ya.

—Tomen asiento, — tronó con energía.

Entonces, por fin, el forastero bajito hizo un movimiento. Dobló ligeramente las rodillas y, con una agilidad asombrosa, dio un salto por encima de los rieles y entró en el compartimiento. Sin embargo su compañero, el más alto, con larga barba blanca, seguía inmóvil sobre el andén con la mano en su espalda en el carril oxidado.



—¿Qué viajeros, jefe? — preguntó el hombre sombrero.

—¿Uno alto y otro bajito que se sentaron en el 11.45.

—No he vendido un solo pasaje para este tren, señor, ni he visto un alma en la estación.

LOS DOS VIAJEROS

Sin embargo, Tibphaigne sentía claro malestar incomprensible. Se acercó al cajero y le preguntó:

—¿A dónde fueron los dos viajeros que queraban tomar el tren?

La pareja tenía un aspecto muy extraño. El de poca estatura, verdaderamente muy poca, no tenía nada de extraordinario en su semblante, salvo de que parecía tener la edad del viejo Perrito y de que su cabellera, según la usaba, parecía ser la de un viejo Perrito.

LOS DOS VIAJEROS

Sin embargo, Tibphaigne sentía claro malestar incomprensible. Se acercó al cajero y le preguntó:

—¿A dónde fueron los dos viajeros que queraban tomar el tren?

LOS DOS VIAJEROS

Sin embargo, Tibphaigne sentía claro malestar incomprensible. Se acercó al cajero y le preguntó:

—¿A dónde fueron los dos viajeros que queraban tomar el tren?

LOS DOS VIAJEROS

Sin embargo, Tibphaigne sentía claro malestar incomprensible. Se acercó al cajero y le preguntó:

—¿A dónde fueron los dos viajeros que queraban tomar el tren?

LOS DOS VIAJEROS

Sin embargo, Tibphaigne sentía claro malestar incomprensible. Se acercó al cajero y le preguntó:

—¿A dónde fueron los dos viajeros que queraban tomar el tren?

El Barista

por ARCADIO AVERCENKO

LA PROHIBICION

—Oiga... pit... ¡joven...! ¿No habrá por aquí algún mar?

—¿Qué mar?

—Cualquiera. Mar Negro... Mediterráneo, o aunque fuese un mar de Mánol.

—No, por aquí cerca no hay tal. Hay un río llamado Salta-pozos, pero dista de acá unas quince verasas. (1)

—¿Joven... si quisiera ver un mar.

—Pero, si el día que no hay ninguno. ¡Pasa qué lo necesito!

—Para bahar, pues.

—Qué le vamos a hacer si no hay.

El hombre que ansaba baharse se tambaleó, asistiendo a su propio pecho para prevenir la caída, y pronunció con voz ronca y tono lastimero:

—Hace mucho calor... hace falta refrescarse.

—Bueno, pero no hay ningún mar en estos parajes.

—¿Queda lejos el Mar Caspio?

—Sí, muy lejos.

—¿Listed cree que estoy borracho?

—No, hombre. ¿Por qué?

—Es cierto que tomé un poco para apagar la sed, pero no estoy borracho.

—¿Listed perdona, pero tengo prisa para ir a casa.

—¿A casa...? Eres un caballo... Sin embargo, quizás tenga razón... Oiga, ¿no hay en su casa algún mar? ¡Ah, que sea el Mar Rojo o el de Aral... Se fue... Que el diablo cargue con él... Me voy a bañar aquí y se caló. ¿Dónde podría colgar mi saco? Hace falta colgarlo, pues... ¡Acá hay un clavo.

—Pero, hombre, tengo que bahar, pues. Hace falta tener un chubasco.

—¿Qué es eso? ¿Qué está haciendo? ¿Como se permite desahucarse en medio de la calle?

—Ma-má... ¿Cuánto tiempo? ¿Qué va a ser mamá, hombre. Soy agente de policía.

Y sin embargo su trato es puramente maternal... Agente, ¿dónde está mi madre?

—Es una vergüenza, señor. Aquí ni siquiera hay una casita, ni un chubasco.

—¿No hay casita, dícala...! Pues, construyala. Me voy a sentar aquí y todavía no me sacará los pantalones, mientras tanto, ¿tá harás el edificio.

—¿Para qué voy a construir una casita, si no hay agua? ¡Ja-ja-ja!

—Pero, amigo, no pretendo mucho, pues. Edifica una casita.

—Espere, agente. El hombre está un poco tomado y usted quiere llevarlo a la comisaría. ¿Para qué? Permítame que lo haga entrar en razón. Buenos días, señor.

—A-ah... mamá. ¿Cómo está?

—¿Quiere bahar?

—Es necesario baharse, pues.

—¿Muy pensado. ¡Necesita mucha agua!

—No, un poquito. ¿Cómo está usted?

—Muy bien, gracias. En vez de baharse, no le bastaría refrescarse?

—Sí, hay que refrescarse.

—Bueno, tengo un poco de agua en este frasco. No le es indispensable verter mucha cantidad de agua, ¿no es cierto?

—Sí, hace falta aspirar, pues.

—Muy bien, señor. Agente, ¿dónde está mi saco? Agente, llámame un coche. ¡E-é!



Y el hombre insistió ante el guardián en que éste debía indicarle la ubicación de cualquier mar, para poderse bañar a gusto

sólo y fuerte, representaba ahora un manto de hierro desmenuzado, oxidado y carcomido, como si hubiera permanecido durante siglos en el fondo del mar. Las ruedas estaban desmontadas, los ejes torcidos, el armazón hecho pedruzcos; todo yacía en el suelo en una masa informe y roja. Una de las masas, la que tocó el misterioso viajero de barba blanca había desaparecido. En lugar del carril se encontraba sólo un montoncito de polvo rojo.

"LINEA OCUPADA"

Siempre silencioso, Hoff agitó el sector de su linterna en el suelo temblorosa. Pero de pronto por su mente cruzó una idea que le ocasionó una gran inquietud. El hombre se dirigió a las palancas que servían para controlar las señales. Una horrible proximidad traspasó su corazón como una bala. Una vez ante la palanca, quedó petrificado de terror. Desde el periferico del 11.45 había pasado más de media hora y el señal superior, dirigida desde la estación, seguía, aun mostrando su disco rojo, lo que significaba "línea ocupada".

Entonces al 11.45, que debía de haber ocupado aquella estación nueve minutos después de haber salido de ésta, aún no había llegado allí. Tibphaigne Hoff, con el corazón oprimido por la angustia, preguntó a la estación vecina: "¿Pasó por allí el último tren ocupado?"

Pronto vino la siguiente respuesta:

—El último tren señalado no pasó por mi estación.

El calor y el calor, al lado del jefe de estación, con los rostros mortalmente blancos, iban al mismo momento.

—Es un caso del tren en peligro — pronunció el jefe de estación, como si hablase a la presencia de un muerto.

—No, no — gritó Tibphaigne Hoff, hablando con el jefe de la dominaba. — Le digo que no... Esto no es el 11.45, es sólo una "detención".

Pero sus nervios fallaron, y, acto seguido, el jefe mandó a un grupo de toda la noche una señal que definitivamente anulaba el desastre. La señal decía: "Tren en peligro en la línea"; de acuerdo con el reglamento se la podía dar sólo por orden escrita del guardia de la estación. Tibphaigne Hoff, al haber recibido la señal, también tenía la cabeza confundida, ya que la señal, que el jefe de estación había dado, era diferente para dar órdenes verbales o escritas.

GRAN ANGUISTIA

Los tres hombres, presos de angustia, esperaban impacientemente que alguien les dijera que el tren había llegado. Pero nada sucedió. El jefe de estación, después de haber estado un tiempo en la estación, volvió a la oficina y se puso a escribir. Tibphaigne Hoff, al ver esto, se puso a escribir también.

Alguno llegó algún viajero a la estación en el pasado, presente o futuro, pero nada volvió al disco de señales sin él. Vuelto descubriendo la luz blanca que significaba "línea libre", Tibphaigne Hoff se puso a escribir en la estación vecina, diciendo: "Pasa la locomotora de repuesto".

En la oficina, el jefe de estación, después de haber estado un tiempo en la estación, volvió a la oficina y se puso a escribir. Tibphaigne Hoff, al ver esto, se puso a escribir también.

En la oficina, el jefe de estación, después de haber estado un tiempo en la estación, volvió a la oficina y se puso a escribir. Tibphaigne Hoff, al ver esto, se puso a escribir también.

JAMAS SE HALLA

Jamás hubo noticias del 11.45. El misterio de su desaparición quedó en el fondo del mar. Tibphaigne Hoff, al ver esto, se puso a escribir también.

En la oficina, el jefe de estación, después de haber estado un tiempo en la estación, volvió a la oficina y se puso a escribir. Tibphaigne Hoff, al ver esto, se puso a escribir también.

Ilustró FREMIANI

JARABE NEGRI

EL JARABE NEGRI ES EL MAS EFICAZ GUARDIAN DE LA SALUD DE LOS NIÑOS Y LES PERMITE CRIARSE SANOS Y CONTENTOS

Insustituible para evitar cualquier acceso de Tos en los Niños. * Actúa a la vez como Poderoso Tónico. * Más de 30 años de Exitos. * Recomendado por todas las eminencias médicas.

Preparado por las Grandes Fábricas y Laboratorios Farmacéuticos Argentinos de la Drogueria de la Estrella, Ltda. — Rivadavia 1501. - Buenos Aires



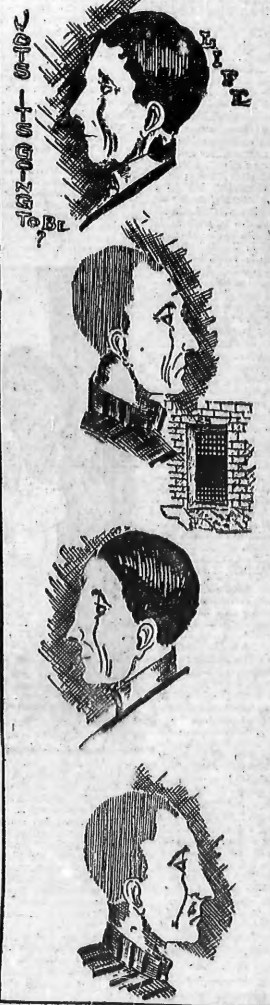
Asaltos Descubiertos por la Ciencia de los FINKERTONS

Una Gran Goliarda Entre los Ladrones de Cajas de Seguros y los Banqueros. Vencen los Primeros. Los Seguros se Construyen las Cajas Subterráneas. Surge el Rey de los Falsificadores. BECKER y Jack Canter que Falsificó su Propio Perdón, Saliendo de la Cárcel. EL OJO Pone Fin a su Libertad.



Este es el hombre que se encuentra en todo el mundo, en el Bar de la Palma en Chicago, bajo una apuesta de que podía pintar una estampilla en un sobre, de manera que no fuera notada en el correo. Becker ganó la apuesta. El dibujante Leo Siderman representa aquí el incidente.

HELLO HENRY J.



La mayoría de estas bandas de protección personal calculado para inspirar confianza. También hay varios ayudantes de los ladrones, llamados "sombros". Si la falsificación es descubierta, el financiero toma el producto bruto y deduce los gastos. Sus ayudantes reciben de \$20 a \$30 por ciento, y a veces \$45.

FONDO DE RESERVA
La mayoría de estas bandas de protección personal calculado para inspirar confianza. También hay varios ayudantes de los ladrones, llamados "sombros". Si la falsificación es descubierta, el financiero toma el producto bruto y deduce los gastos. Sus ayudantes reciben de \$20 a \$30 por ciento, y a veces \$45.

La mayoría de estas bandas de protección personal calculado para inspirar confianza. También hay varios ayudantes de los ladrones, llamados "sombros". Si la falsificación es descubierta, el financiero toma el producto bruto y deduce los gastos. Sus ayudantes reciben de \$20 a \$30 por ciento, y a veces \$45.

La mayoría de estas bandas de protección personal calculado para inspirar confianza. También hay varios ayudantes de los ladrones, llamados "sombros". Si la falsificación es descubierta, el financiero toma el producto bruto y deduce los gastos. Sus ayudantes reciben de \$20 a \$30 por ciento, y a veces \$45.

La mayoría de estas bandas de protección personal calculado para inspirar confianza. También hay varios ayudantes de los ladrones, llamados "sombros". Si la falsificación es descubierta, el financiero toma el producto bruto y deduce los gastos. Sus ayudantes reciben de \$20 a \$30 por ciento, y a veces \$45.

La mayoría de estas bandas de protección personal calculado para inspirar confianza. También hay varios ayudantes de los ladrones, llamados "sombros". Si la falsificación es descubierta, el financiero toma el producto bruto y deduce los gastos. Sus ayudantes reciben de \$20 a \$30 por ciento, y a veces \$45.

Becker se encontraba en todo el mundo, en el Bar de la Palma en Chicago, bajo una apuesta de que podía pintar una estampilla en un sobre, de manera que no fuera notada en el correo. Becker ganó la apuesta. El dibujante Leo Siderman representa aquí el incidente.

el cajero se le pide. Por el contrario, se formará una impresión muy favorable del Banco que así proceda.

Al ayudar a los Bancos y a los cajeros de Banco a que aprendan a protegerse, la agencia Finkerton ha hecho una práctica de alentar a todos los empleados de Banco que manejan dinero a que estudien cuidadosamente los folletos enviados a cada Banco cliente de la agencia, los cuales contienen fotografías y registros y hasta notas sobre las maneras de los presentadores, falsificadores y otros estafadores conocidos.

Desde los primeros días de los ladrones, de las cerraduras de tiempo y de las cajas de acero, los ladrones han adoptado a los aparatos científicos. El soplete de acetileno aplicado debidamente y manipulado por un operador competente, produce a cerca de cinco mil unidades térmicas, suficientes para cortar metal hasta de cinco pulgadas de espesor, no sólo deritiéndolo, sino haciéndolo salir en forma de chispas. La operación del soplete de acetileno no es muy superior desde el punto de vista de los ladrones a la operación con dinamita o nitroglicerina, porque el soplete prácticamente no hace ruido.

LA TERMITA

Su desventaja consiste en la necesidad de transportar los cilindros de presión de oxígeno.

ARTISTA Y POETA. Dibujos realizados por Matthew Brennan, conocido en todo el mundo como "Jim el calligrafo", mientras se encontraba preso en Sing Sing. Fueron enviados a su abogado, H. J. Goldsmith, en 1929, y actualmente cuelgan en un marco en las oficinas de Goldsmith, Goldbliss y Hanover, en una ciudad yanqui.

necesarios para operar el soplete.
LA TERMITA ES SUPERIOR AL SOPLETE DE ACETILENO, PERO CON ELLE SE CORRE UN RIESGO TREMENDO DE DESTRUCCION.

Un método aún más moderno y efectivo, por medio del cual los ladrones operan contra cualquier caja de metal, es el de la termita. La termita es una pólvora inexplorativa la que, en combustión, rinde un calor máximo de 5,600 grados Fahrenheit, aproximadamente. Su reacción química se inicia agitando una pizca de aluminio finamente pulverizado, a la termita. El ladrón que desea cortar un agujero de un pie cuadrado en una caja de metal de un pie de espesor, sencillamente traza una línea encerrando un pie cuadrado sobre el metal,

Los Grandes Hechos del Próximo Relato

En el próximo capítulo de estas grandes aventuras del famoso detective Billy Finkerton, se relata el momento de una noche de marzo en la primera ciudad, que se recuerda del violento ataque de un grupo de ladrones. El detective de la agencia de Finkerton de una a la parca en plena luna de luna. Otros solos de ladrones del capítulo con los detectives los elementos del medio. Los ladrones utilizan para actuar en forma científica. Un análisis a la misma. Solo en un área expone en los tiempos de la intensa actividad de "El Ojo". Los miembros en el lado de las cajas de hierro. Maxellius Schenckel, conocido por los Finkerton como el más hábil ladrón de América de Norte, está a los detectives en la oficina personal que era genial, según se relata Billy Finkerton, quien tenía por sus técnicas milimétricas.

La mayoría de estas bandas de protección personal calculado para inspirar confianza. También hay varios ayudantes de los ladrones, llamados "sombros". Si la falsificación es descubierta, el financiero toma el producto bruto y deduce los gastos. Sus ayudantes reciben de \$20 a \$30 por ciento, y a veces \$45.

UANDO advertí que me amantaban, era preciso desfogarme de la vida.

Los brazos medio insensibles, de momento en momento, eran pinchados por agujas Luer, inyectoras de aceite alfilerado, de cántaros, de espátulas, de cuenta dora estimulante registran los formularios y se venden en las farmacias. Mis ojos ya habían perdido la facultad



LOS VEHÍCULOS EN GUAYAMA POR EL RÍO EN LOS CIELOS

visual y apenas una gran, una agudísima capacidad auditiva me permitía los potentes contornos con el mundo. Sentí que había una gran agitación en torno mío. Restos de palabras, expresiones de pena, llegaban a mis oídos como los lejanos, simples harapos de sonidos. Sabía que la naturaleza me estaba hablando. Algunos sentidos con la agudeza de perros. Recordaba que los ciegos tienen un oído agudísimo, pero nunca imaginé que la vida, presta a escapar, tuviese un tan formidable poder de reacción. Eran los últimos gritos de las células que se iban a incendiar en sus propias vitales, algo que recordaba los bullicios de la lámpara fúlvula de combustión... Y así se iban, como allos, los últimos cubiertos de hielo. Todos mis miembros se acababan de perder, mi insensibilidad, y apenas el cerebro, último refugio de la vida, trababa intensamente, como un general, tratando de reunir de nuevo sus soldados en fuga.

Quise hablar, recomiendo que me inyectaran adrenalina, pero la voz murió en mi garganta. Una gran expresión de terror debe de haber iluminado, en ese momento, como un resplandor fugitivo, mis ojos, emborazados por la muerte. Había dentro de mí espíritu una tempestad de gritos solitarios, todo un mundo de sensaciones impelidas de manifestarse. Era imposible que no hubiese un grito, en derredor mío, un horrible clamor de protesta, ese grito de rebeldía contra la fatalidad de la enfermedad que me iba a llevar a la nada. En el subconsciente surgió, como un rayo de luz, la idea de que ya no tenía voz, ni gesto, ni olfato, y de que, apenas, en los neurones, semidormidos, faltaban unos fragmentos de sensaciones... De repente, tuve la impresión de que me iba a morir, al fin...

EL SUERO RARO

¿Cuánto tiempo duró mi sueño en los brazos de la muerte? No sé, si lo habrá pasado. Lo que sé es que me encontré, de nuevo, en mi modesta casa de Gavea, en la casa de soltero en que reposaba después del agobiador trajín de todo el día, viendo enfermos y atendiendo a las miserias ajenas. Note que la casa estaba desierta y completamente cerrada. Me levanté aturdo, con la impresión de que algo de extraordinario había ocurrido en mi vida. El silencio que reinaba en todo, un tipo olor de moño y de ambientes confinados, me pusieron en el alma, un frío de terror. «¡Estaré muerto!», pensé, «y mi espíritu habrá venido de visita a la casa de donde partí». En ese momento, una puerta se abrió a un golpe de aire y sentí, perfectamente, que el viento chocó en mis pies. No había duda: era una sensación física, y yo debía estar vivo. Me levanté, los nervios se fueron y busqué en el guardador un traje que pudiera cubrirme. Encontré, así como lo había usado la última vez, mi viejo traje azul que tanto solía usar en la vida. Me vestí y después de compuesto con tiras prendas del vestuario, salí a la calle con la esperanza de encontrar el tranvía de Gavea que, según mis cálculos, debía pasar dentro de tres minutos. La calle Mirador de San Vicente presentaba un aspecto completamente nuevo para mí. No había ruidos, ni gente, ni se veían riles de tranvía, ni aquellos torbellinos de polvareda que tanto detestaba cuando salía con mis ropas nuevas.

Raros transeúntes se deslizaban por la vía pública como si fueran impelidos por electricidad. Eran unos seres extraños, extraordinarios flacos, que pasaban

lisa delante de mí con una velocidad de tren expreso. Quise detener a una de estas personas, pero no conseguí sino golpear en el brazo de una de ellas, brazo que resonó como si fuese de acero. Eran personas que miraban con una expresión de curiosidad, como si yo fuese diferente de ellas, pero al seguir su camino, sin atenderme. Note que no llevaban ropas como las que yo estaba acostumbrado a ver y vestía en aquel momento. Usaban una túnica de tejido metálico, que recordaba el anilino. Recordé de las vestidas grises que yo había visto en los grabados cuando estudiaba humanidades. Mi sacro azul, con el que producía sensación en las tardes del sábado en la Avenida Río Bracho, estaba evidentemente deslocado entre aquellas raras vestimentas. Busqué un agente para que me dijese lo que había acontecido y me asegurase que tierra estaba; pero no vi a nadie con el casete simbólico y el uniforme de esos servidores del Estado. A la puerta de una casa, que estaba, también, revestida de metal, como las personas, vi a unos niños, jugando silenciosamente. Me dirigí a ellos, pero así que me notaron, huyeron al interior de la casa. Sería, tal vez, mi ropa, tan diferente de aquellas túnicas de anilino...

Por el camino, fui notando que la ciudad había cambiado casi por completo. Apenas una casa, de estilo antiguo. Por todas partes, edificaciones nuevas, muy altas y muy limpias, con sus fachadas espejantes que brillaban al sol, como chapas metálicas. En algunas de estas casas, los niños se ocupaban en lavar todo con esponjas, a la manera de lo que, en mi tiempo, se hacía en Holanda, según él en Ramallo Origen. Traté de hablar a uno de estos niños, pero no me entendí. Y como se encogiera de hombros, comprendí que era inútil percibir qué especie de lengua hablaba aquel animal.

Además, el espectáculo de la ciudad era simplemente maravilloso. El lago Rodrigo de Freitas estaba circundado por un caserío magnífico entre el que asomaban palacios de aspecto imponente. A la vera del lago, en muchas casas, jugaban niños jugando barcos, que navegaban de una orilla a la otra, con increíble rapidez. En el cielo pasaban innumerable velos de todas las formas y siendo a gran velocidad. Unos tenían la forma de torpedos gigantes, otros eran verdaderos cilindros que llevaban en su vientre millares de personas. Había, también, aparatos para

OTRA BELLA VISION

A falta de un vehículo que me pudiese transportar, traté de ir, al fin, a la ciudad.

Quise hablar, recomiendo que me inyectaran adrenalina, pero la voz murió en mi garganta. Una gran expresión de terror debe de haber iluminado, en ese momento, como un resplandor fugitivo, mis ojos, emborazados por la muerte. Había dentro de mí espíritu una tempestad de gritos solitarios, todo un mundo de sensaciones impelidas de manifestarse. Era imposible que no hubiese un grito, en derredor mío, un horrible clamor de protesta, ese grito de rebeldía contra la fatalidad de la enfermedad que me iba a llevar a la nada. En el subconsciente surgió, como un rayo de luz, la idea de que ya no tenía voz, ni gesto, ni olfato, y de que, apenas, en los neurones, semidormidos, faltaban unos fragmentos de sensaciones... De repente, tuve la impresión de que me iba a morir, al fin...

Una vez que se planteó en el Parlamento austriaco el debate sobre los judíos, dijo un sacerdote católico: «Dejemos en paz a los muertos».

Al día siguiente se levantó Josef S. Bloch y pidió la palabra para hacer una interpretación, a la que dio principio con la siguiente anécdota: «En la última guerra grego-

tor, después de una gran batalla, había una lista con la relación de los muertos y se mandó que un oficial, con su compañía, los enteraran. Mientras se ocupaban en tan triste tarea, se les presentó un soldado que, aunque gravemente herido, se le había dejado tendido en tierra tornándole por muerto, y tuvo ahora bastante vitalidad todavía para oponerse

energicamente a que le enteraran.

El oficial de la compañía, que no sabía de su asombro, le preguntó «cómo se llamaba, y después de mirar en su relación de muertos le dijo: «Es verdad: pero no sé qué hacer con usted, porque en la lista, figura entre los muertos».

Al día siguiente, el soldado dio un salto y cuadrándose gritó con todas sus fuerzas: «¡Presente!».

Un nuevo rico judío de Polonia heredó una finca rústica, por lo cual, al igual de los cristianos nobles, tenía ya derecho a usar un coche con cuatro caballos.

En el primer viaje que hizo desde su finca a una gran ciudad próxima tomó consigo en el coche algunos «colonos» judíos de condición muy humilde.

El lujoso tren llamó la atención de unos cuantos chiquillos que jugaban en la carretera, los cuales, persiguiendo en seguida a los barbaudos judíos, empezaron a arrojarles una lluvia de piedras que causaron grandes desperfectos en el magnífico coche.

«¡Qué lástima!», exclamó uno de los colonos, «no vi más que una vez el Mesías!».

«¿Qué pasaría entonces?», preguntó el nuevo rico, que con la venta del Mesías no quería perder su dinero.

«Pues que se cambiarían los papales, los linas en el coche y nuestros hijos detrás tirando piedras».

«¿Quita, quita!», repuso el nuevo rico, «prefiero conservar mi coche y que me sigan apedreando».

«¿Qué pasaría entonces?», preguntó el nuevo rico, que con la venta del Mesías no quería perder su dinero.

«Pues que se cambiarían los papales, los linas en el coche y nuestros hijos detrás tirando piedras».

«¿Qué pasaría entonces?», preguntó el nuevo rico, que con la venta del Mesías no quería perder su dinero.

«Pues que se cambiarían los papales, los linas en el coche y nuestros hijos detrás tirando piedras».

«¿Quita, quita!», repuso el nuevo rico, «prefiero conservar mi coche y que me sigan apedreando».

«¿Qué pasaría entonces?», preguntó el nuevo rico, que con la venta del Mesías no quería perder su dinero.

«Pues que se cambiarían los papales, los linas en el coche y nuestros hijos detrás tirando piedras».

«¿Quita, quita!», repuso el nuevo rico, «prefiero conservar mi coche y que me sigan apedreando».

«¿Qué pasaría entonces?», preguntó el nuevo rico, que con la venta del Mesías no quería perder su dinero.

«Pues que se cambiarían los papales, los linas en el coche y nuestros hijos detrás tirando piedras».

«¿Quita, quita!», repuso el nuevo rico, «prefiero conservar mi coche y que me sigan apedreando».

«¿Qué pasaría entonces?», preguntó el nuevo rico, que con la venta del Mesías no quería perder su dinero.

«Pues que se cambiarían los papales, los linas en el coche y nuestros hijos detrás tirando piedras».

«¿Quita, quita!», repuso el nuevo rico, «prefiero conservar mi coche y que me sigan apedreando».

«¿Qué pasaría entonces?», preguntó el nuevo rico, que con la venta del Mesías no quería perder su dinero.

«¿Qué pasaría entonces?», preguntó el nuevo rico, que con la venta del Mesías no quería perder su dinero.

«Pues que se cambiarían los papales, los linas en el coche y nuestros hijos detrás tirando piedras».

«¿Quita, quita!», repuso el nuevo rico, «prefiero conservar mi coche y que me sigan apedreando».

«¿Qué pasaría entonces?», preguntó el nuevo rico, que con la venta del Mesías no quería perder su dinero.

«Pues que se cambiarían los papales, los linas en el coche y nuestros hijos detrás tirando piedras».

«¿Quita, quita!», repuso el nuevo rico, «prefiero conservar mi coche y que me sigan apedreando».

«¿Qué pasaría entonces?», preguntó el nuevo rico, que con la venta del Mesías no quería perder su dinero.

«Pues que se cambiarían los papales, los linas en el coche y nuestros hijos detrás tirando piedras».

«¿Quita, quita!», repuso el nuevo rico, «prefiero conservar mi coche y que me sigan apedreando».

«¿Qué pasaría entonces?», preguntó el nuevo rico, que con la venta del Mesías no quería perder su dinero.

«Pues que se cambiarían los papales, los linas en el coche y nuestros hijos detrás tirando piedras».

«¿Quita, quita!», repuso el nuevo rico, «prefiero conservar mi coche y que me sigan apedreando».

«¿Qué pasaría entonces?», preguntó el nuevo rico, que con la venta del Mesías no quería perder su dinero.

«¿Qué pasaría entonces?», preguntó el nuevo rico, que con la venta del Mesías no quería perder su dinero.

«Pues que se cambiarían los papales, los linas en el coche y nuestros hijos detrás tirando piedras».

«¿Quita, quita!», repuso el nuevo rico, «prefiero conservar mi coche y que me sigan apedreando».

«¿Qué pasaría entonces?», preguntó el nuevo rico, que con la venta del Mesías no quería perder su dinero.

«Pues que se cambiarían los papales, los linas en el coche y nuestros hijos detrás tirando piedras».

«¿Quita, quita!», repuso el nuevo rico, «prefiero conservar mi coche y que me sigan apedreando».

«¿Qué pasaría entonces?», preguntó el nuevo rico, que con la venta del Mesías no quería perder su dinero.

«Pues que se cambiarían los papales, los linas en el coche y nuestros hijos detrás tirando piedras».

«¿Quita, quita!», repuso el nuevo rico, «prefiero conservar mi coche y que me sigan apedreando».

«¿Qué pasaría entonces?», preguntó el nuevo rico, que con la venta del Mesías no quería perder su dinero.

«Pues que se cambiarían los papales, los linas en el coche y nuestros hijos detrás tirando piedras».

«¿Quita, quita!», repuso el nuevo rico, «prefiero conservar mi coche y que me sigan apedreando».

«¿Qué pasaría entonces?», preguntó el nuevo rico, que con la venta del Mesías no quería perder su dinero.

«¿Qué pasaría entonces?», preguntó el nuevo rico, que con la venta del Mesías no quería perder su dinero.

«Pues que se cambiarían los papales, los linas en el coche y nuestros hijos detrás tirando piedras».

«¿Quita, quita!», repuso el nuevo rico, «prefiero conservar mi coche y que me sigan apedreando».

«¿Qué pasaría entonces?», preguntó el nuevo rico, que con la venta del Mesías no quería perder su dinero.

«Pues que se cambiarían los papales, los linas en el coche y nuestros hijos detrás tirando piedras».

«¿Quita, quita!», repuso el nuevo rico, «prefiero conservar mi coche y que me sigan apedreando».

«¿Qué pasaría entonces?», preguntó el nuevo rico, que con la venta del Mesías no quería perder su dinero.

«Pues que se cambiarían los papales, los linas en el coche y nuestros hijos detrás tirando piedras».

«¿Quita, quita!», repuso el nuevo rico, «prefiero conservar mi coche y que me sigan apedreando».

«¿Qué pasaría entonces?», preguntó el nuevo rico, que con la venta del Mesías no quería perder su dinero.

«Pues que se cambiarían los papales, los linas en el coche y nuestros hijos detrás tirando piedras».

«¿Quita, quita!», repuso el nuevo rico, «prefiero conservar mi coche y que me sigan apedreando».

«¿Qué pasaría entonces?», preguntó el nuevo rico, que con la venta del Mesías no quería perder su dinero.

«¿Qué pasaría entonces?», preguntó el nuevo rico, que con la venta del Mesías no quería perder su dinero.

«Pues que se cambiarían los papales, los linas en el coche y nuestros hijos detrás tirando piedras».

«¿Quita, quita!», repuso el nuevo rico, «prefiero conservar mi coche y que me sigan apedreando».

«¿Qué pasaría entonces?», preguntó el nuevo rico, que con la venta del Mesías no quería perder su dinero.

«Pues que se cambiarían los papales, los linas en el coche y nuestros hijos detrás tirando piedras».

«¿Quita, quita!», repuso el nuevo rico, «prefiero conservar mi coche y que me sigan apedreando».

«¿Qué pasaría entonces?», preguntó el nuevo rico, que con la venta del Mesías no quería perder su dinero.

«Pues que se cambiarían los papales, los linas en el coche y nuestros hijos detrás tirando piedras».

«¿Quita, quita!», repuso el nuevo rico, «prefiero conservar mi coche y que me sigan apedreando».

«¿Qué pasaría entonces?», preguntó el nuevo rico, que con la venta del Mesías no quería perder su dinero.

«Pues que se cambiarían los papales, los linas en el coche y nuestros hijos detrás tirando piedras».

«¿Quita, quita!», repuso el nuevo rico, «prefiero conservar mi coche y que me sigan apedreando».

«¿Qué pasaría entonces?», preguntó el nuevo rico, que con la venta del Mesías no quería perder su dinero.

«Pues que se cambiarían los papales, los linas en el coche y nuestros hijos detrás tirando piedras».

«¿Quita, quita!», repuso el nuevo rico, «prefiero conservar mi coche y que me sigan apedreando».

«¿Qué pasaría entonces?», preguntó el nuevo rico, que con la venta del Mesías no quería perder su dinero.

«Pues que se cambiarían los papales, los linas en el coche y nuestros hijos detrás tirando piedras».

«¿Quita, quita!», repuso el nuevo rico, «prefiero conservar mi coche y que me sigan apedreando».

«¿Qué pasaría entonces?», preguntó el nuevo rico, que con la venta del Mesías no quería perder su dinero.

«Pues que se cambiarían los papales, los linas en el coche y nuestros hijos detrás tirando piedras».

«¿Qué pasaría entonces?», preguntó el nuevo rico, que con la venta del Mesías no quería perder su dinero.

«Pues que se cambiarían los papales, los linas en el coche y nuestros hijos detrás tirando piedras».

«¿Quita, quita!», repuso el nuevo rico, «prefiero conservar mi coche y que me sigan apedreando».

«¿Qué pasaría entonces?», preguntó el nuevo rico, que con la venta del Mesías no quería perder su dinero.

«Pues que se cambiarían los papales, los linas en el coche y nuestros hijos detrás tirando piedras».

«¿Quita, quita!», repuso el nuevo rico, «prefiero conservar mi coche y que me sigan apedreando».

«¿Qué pasaría entonces?», preguntó el nuevo rico, que con la venta del Mesías no quería perder su dinero.

«Pues que se cambiarían los papales, los linas en el coche y nuestros hijos detrás tirando piedras».

«¿Quita, quita!», repuso el nuevo rico, «prefiero conservar mi coche y que me sigan apedreando».

«¿Qué pasaría entonces?», preguntó el nuevo rico, que con la venta del Mesías no quería perder su dinero.

«Pues que se cambiarían los papales, los linas en el coche y nuestros hijos detrás tirando piedras».

«¿Quita, quita!», repuso el nuevo rico, «prefiero conservar mi coche y que me sigan apedreando».

«¿Qué pasaría entonces?», preguntó el nuevo rico, que con la venta del Mesías no quería perder su dinero.

«Pues que se cambiarían los papales, los linas en el coche y nuestros hijos detrás tirando piedras».

«¿Quita, quita!», repuso el nuevo rico, «prefiero conservar mi coche y que me sigan apedreando».

«¿Qué pasaría entonces?», preguntó el nuevo rico, que con la venta del Mesías no quería perder su dinero.

«Pues que se cambiarían los papales, los linas en el coche y nuestros hijos detrás tirando piedras».

«¿Quita, quita!», repuso el nuevo rico, «prefiero conservar mi coche y que me sigan apedreando».

«¿Qué pasaría entonces?», preguntó el nuevo rico, que con la venta del Mesías no quería perder su dinero.

«Pues que se cambiarían los papales, los linas en el coche y nuestros hijos detrás tirando piedras».

«¿Qué pasaría entonces?», preguntó el nuevo rico, que con la venta del Mesías no quería perder su dinero.

«Pues que se cambiarían los papales, los linas en el coche y nuestros hijos detrás tirando piedras».

«¿Quita, quita!», repuso el nuevo rico, «prefiero conservar mi coche y que me sigan apedreando».

«¿Qué pasaría entonces?», preguntó el nuevo rico, que con la venta del Mesías no quería perder su dinero.

«Pues que se cambiarían los papales, los linas en el coche y nuestros hijos detrás tirando piedras».

«¿Quita, quita!», repuso el nuevo rico, «prefiero conservar mi coche y que me sigan apedreando».

«¿Qué pasaría entonces?», preguntó el nuevo rico, que con la venta del Mesías no quería perder su dinero.

«Pues que se cambiarían los papales, los linas en el coche y nuestros hijos detrás tirando piedras».

«¿Quita, quita!», repuso el nuevo rico, «prefiero conservar mi coche y que me sigan apedreando».

«¿Qué pasaría entonces?», preguntó el nuevo rico, que con la venta del Mesías no quería perder su dinero.

«Pues que se cambiarían los papales, los linas en el coche y nuestros hijos detrás tirando piedras».

«¿Quita, quita!», repuso el nuevo rico, «prefiero conservar mi coche y que me sigan apedreando».

«¿Qué pasaría entonces?», preguntó el nuevo rico, que con la venta del Mesías no quería perder su dinero.

«Pues que se cambiarían los papales, los linas en el coche y nuestros hijos detrás tirando piedras».

«¿Quita, quita!», repuso el nuevo rico, «prefiero conservar mi coche y que me sigan apedreando».

«¿Qué pasaría entonces?», preguntó el nuevo rico, que con la venta del Mesías no quería perder su dinero.

«Pues que se cambiarían los papales, los linas en el coche y nuestros hijos detrás tirando piedras».

«¿Quita, quita!», repuso el nuevo rico, «prefiero conservar mi coche y que me sigan apedreando».

«¿Qué pasaría entonces?», preguntó el nuevo rico, que con la venta del Mesías no quería perder su dinero.

«Pues que se cambiarían los papales, los linas en el coche y nuestros hijos detrás tirando piedras».

«¿Qué pasaría entonces?», preguntó el nuevo rico, que con la venta del Mesías no quería perder su dinero.

«Pues que se cambiarían los papales, los linas en el coche y nuestros hijos detrás tirando piedras».

«¿Quita, quita!», repuso el nuevo rico, «prefiero conservar mi coche y que me sigan apedreando».

«¿Qué pasaría entonces?», preguntó el nuevo rico, que con la venta del Mesías no quería perder su dinero.

«Pues que se cambiarían los papales, los linas en el coche y nuestros hijos detrás tirando piedras».

«¿Quita, quita!», repuso el nuevo rico, «prefiero conservar mi coche y que me sigan apedreando».

«¿Qué pasaría entonces?», preguntó el nuevo rico, que con la venta del Mesías no quería perder su dinero.

«Pues que se cambiarían los papales, los linas en el coche y nuestros hijos detrás tirando piedras».

«¿Quita, quita!», repuso el nuevo rico, «prefiero conservar mi coche y que me sigan apedreando».

«¿Qué pasaría entonces?», preguntó el nuevo rico, que con la venta del Mesías no quería perder su dinero.

«Pues que se cambiarían los papales, los linas en el coche y nuestros hijos detrás tirando piedras».

«¿Quita, quita!», repuso el nuevo rico, «prefiero conservar mi coche y que me sigan apedreando».

«¿Qué pasaría entonces?», preguntó el nuevo rico, que con la venta del Mesías no quería perder su dinero.

«Pues que se cambiarían los papales, los linas en el coche y nuestros hijos detrás tirando piedras».

«¿Quita, quita!», repuso el nuevo rico, «prefiero conservar mi coche y que me sigan apedreando».

«¿Qué pasaría entonces?», preguntó el nuevo rico, que con la venta del Mesías no quería perder su dinero.

«Pues que se cambiarían los papales, los linas en el coche y nuestros hijos detrás tirando piedras».

«¿Quita, quita!», repuso el nuevo rico, «prefiero conservar mi coche y que me sigan apedreando».

«¿Qué pasaría entonces?», preguntó el nuevo rico, que con la venta del Mesías no quería perder su dinero.

«Pues que se cambiarían los papales, los linas en el coche y nuestros hijos detrás tirando piedras».

«¿Qué pasaría entonces?», preguntó el nuevo rico, que con la venta del Mesías no quería perder su dinero.

«Pues que se cambiarían los papales, los linas en el coche y nuestros hijos detrás tirando piedras».

«¿Quita, quita!», repuso el nuevo rico, «prefiero conservar mi coche y que me sigan apedreando».

«¿Qué pasaría entonces?», preguntó el nuevo rico, que con la venta del Mesías no quería perder su dinero.

«Pues que se cambiarían los papales, los linas en el coche y nuestros hijos detrás tirando piedras».

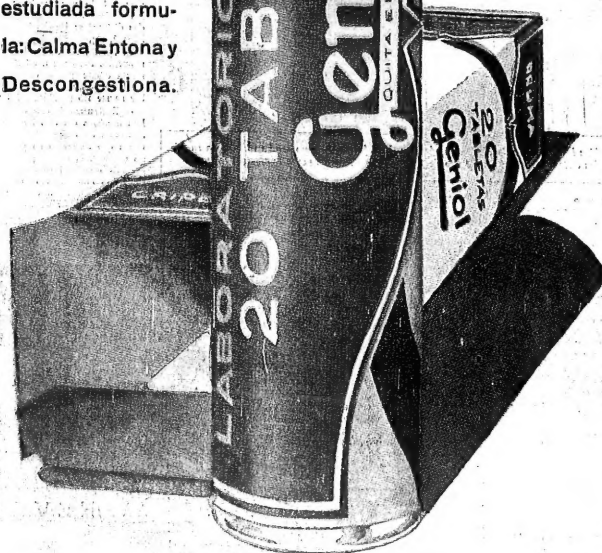
«¿Quita, qu



Los mas fuertes dolores de cabeza ceden al poco rato de tomar un

Geniol
QUITA EL DOLOR

que por la acción de su triple y bien estudiada formula: Calma Entona y Descongestiona.



Serenidad

Las preocupaciones, el desgano, el achataamiento, y ese temor que marchitan sus ilusiones, desaparecen en cuanto Vd. toma un

Geniol
QUITA EL DOLOR
DÀ BUEN HUMOR

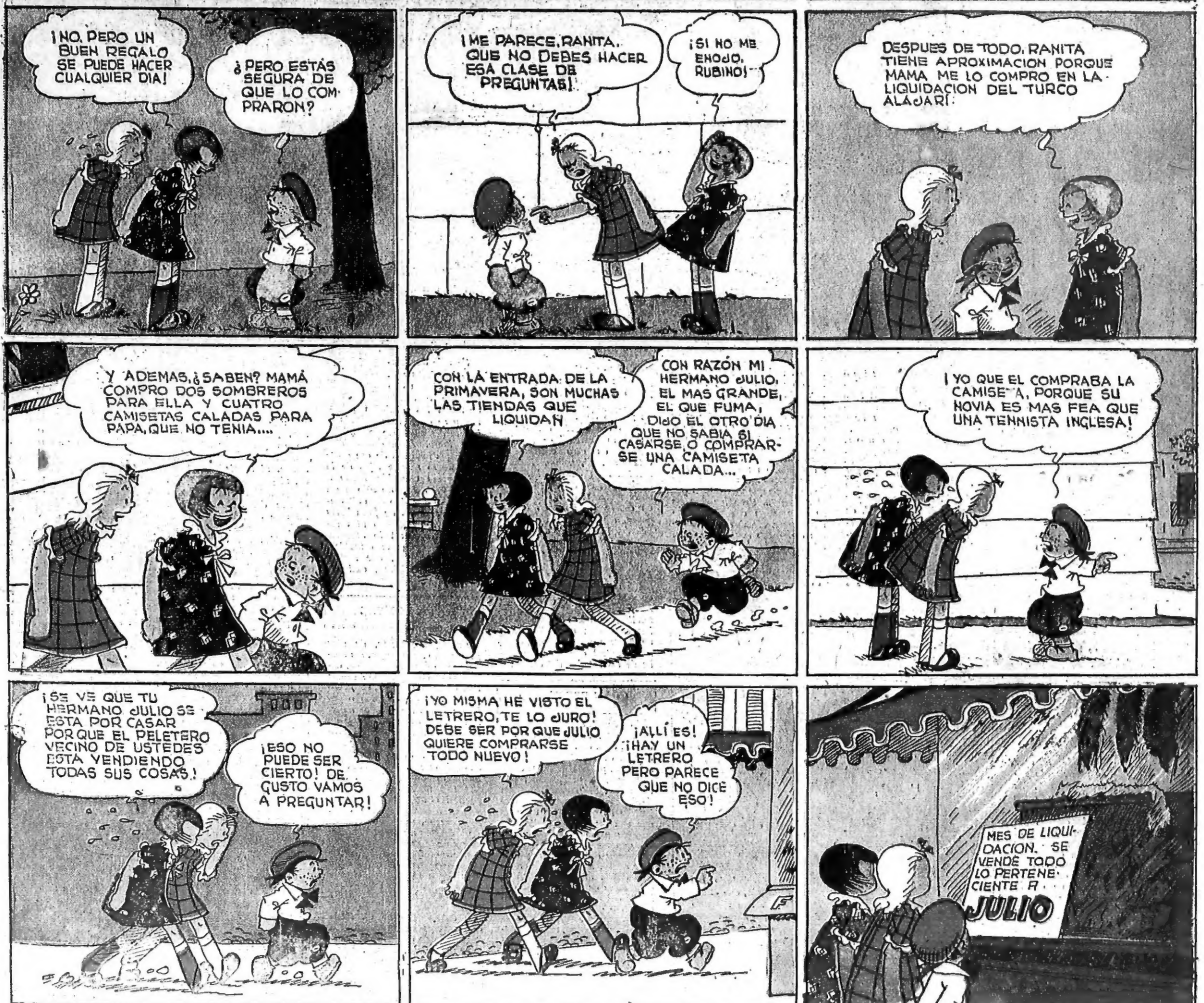
que levanta sus fuerzas, despeja su cabeza, calma sus dolores y anima su espíritu, dándole la frescura y lucidez de sus mejores días,

EL LIBRITO
DE 4 DOSIS

30cts



LA BARRA DE RANITA



EL LAMPEAO, TERROR DEL NORTE DEL BRASIL

Nació en lo Más Intrincado del Sertao, y en Esa Región es Amo de los Bandidos Que, Como Aquél, Tienen a Precio la Vida. - Es Enjuto, Bronceado, de Ojos Chicos, con Anteojos, de Rostro Inexpresivo y no Inspira Simpatías



El tipo de bandido del norte del Brasil, no es romántico, ni simpático. Ya se verá por su retrato físico y moral, de quien se trata. Puesta a precio su cabeza, muchos voluntarios se ofrecieron a inter-

narse en el paisaje hostil, cruzado de encrucijadas, laberintos, "matos", desfiladeros, montes virgínicos, sierras desnudas en donde el bandido y su puñado se esconden después del maltrato; pero, no "voluntarios". Últimamente, "Lampeao", más seguro que nunca de su poderío, ha señalado un jornal de tres pesos diarios a los componentes de su banda que ya deben llegar al centenar. Pero los días de su vida están contados, apenadamente. Hombres que conocen el terreno como él, se han alistado en las filas de una es-

pedición que ya parió en su busca. Lampeao nació en un pueblo de Alagoas, Estado del Norte de Brasil, en pleno "sertão". Las historias de este "sertão", selva, llanura, montañas, en donde el sol es implacable, en donde la sequía suele matar vidas y haciendas, en donde los hombres crecen duros, tristes, graves, como el paisaje, fatalistas y melancólicos. Pero Lampeao no actúa en el escenario reducido de su nacimiento. El escenario de sus hazañas es la inmensa franja de tierra que va desde el Atlántico hasta las ásperas llanuras, muchos kilómetros adentro del territorio, y con un límite norte impreciso: el Amazonas y un límite sur que es la puerta al trópico cambiante y feliz de los estados del centro.

Se vale de hombres inferiores a él, que lo siguen ciega y a través de todos los caminos y se conforman con la mínima parte del botín. Alenta los bajos instintos de esa gente que creció salvaje lejos de la civilización conocida. Entra a degüello, mata no solo para limpiar el terreno sino para alimentar sus apetitos de fiera "sertaneja". El generoso ni arrepentido, crece, así lo asegura, y naturalmente, por estupefacción, por degeneración, que realiza una misión religiosa, así sagrada.

gavi-
lla, pero
no es per-
sonalmente va-
leroso, ni heró-
ico, ni generoso, ni
comprensión, ni tiene con-
ciencia del mal que hace.
Se vale de hombres inferiores
a él. Conoce el terreno en don-
de actúa: por eso vive libre.
Es católico, de un catolicismo
primario y salvaje: a las mu-
jeres que encuentra en sus an-
danzas, si usan melena, les ma-
cha la cara con un barbillo en
forma de herradura. Más de
veinte mujeres han aparecido
ya en pueblos de los alrededores
de Bahía, con la cara marca-
da.

En los cuervos de la selva,
reune a sus hombres y se en-
tra a largas borracheras de ca-
ña, pero no es, como los ban-
didos andaluces, cauter ni di-
cho lugar de cartas ni entre-
tenido anecdótico.

No es el dinero, verdaderamente, su afán principal. Es el
mal, en sí, y la necesidad de co-
mer y de beber y de poseer
mujeres.

Estipulado, ha pasado por el
fotógrafo andalaz que ha re-
visado el elogio de su heró-
ismo.

LAS "HAZARAS"

Escondido en un lugar estre-
teño, rodeado de gente, a salvo
de cualquier sorpresa, con
vigías ubicados en los alrededores
y de espaldas a montes fe-
vorables a la huida y a la de-

ensa, imprevisible. Lampeao y
su gaviota trenan las incursio-
nes a los lugares poblados o
el ataque al cuervo o al re-
caudador desprevenido.

Hay quien asegura que, en los
pueblos inhóspitos, aislados, de
Recife, Bahía, Alagoas, Cuyabá,
Lampeao tiene espías que le avisan
hacia donde irá a buscarlo la
policía y, de paso, aguardan la
oportunidad para llevarlo a un
procheco y fácil malón.

Estas incursiones son bárba-
ras: entra a degüello, roba di-
nero y hacienda, incendia ran-
chos, viola mujeres, mutila.

Infinito peregrinó. Lampeao
se está lejos, oculto y será
peligroso acercarse a él. Ha
"madrugado", ha ido delante,
preparando la defensa, con
saca de tierra.

Un tendal de víctimas, bolsas
vacias, caras señaladas, queda
en los lugares que atraviesa en
su marcha hacia el rincón se-
guro que acógi a sus cobardías.
Pero muchas personas lo han
visto respirar, arrolladas, frente
a las pequeñas gaviotas de esas
aldeas que acaban de dispa-

LOS ENTROMETIDOS...



Don Vocabulario era un
conceito, que el día
que vio caer una manzana
de un árbol, se puso a arro-
llar, creyendo que los hom-
bres lo habían dejado olvidado

GRAN ESCENARIO

El escenario de Lampeao pues,
es diverso, magnífico, de una
belleza dura de una soledad tre-
mendosa, de una inmensidad de
solidaria y diversa. Pero, es-
timulante es el "sertão". La
oasis de este "sertão", pueblos
de hombres pacientes y traba-
jadores religiosos, los caminos
que van de las fuentes de pro-
ducción a las ferias de venta,
las caravanas de viajeros, las
ciudades y otros puntos habita-
dos, atraen a Lampeao y a su
gente. Allí viven por allí mu-
chos seres en quienes queda la
huella del hambre y la aldea des-
truida y gremios inestables.
Lampeao es escrutado, es-
pectador, fortuoso, como el pa-
isaje en donde se desarrolla
y en donde comete sus robos y
sus crímenes.

Conoce el terreno como nin-
guño y es también rastreador,
baqueano, rumbador, como
nuestros antiguos llaneros.

En los apuros "serios"
del norte del Brasil, no
está de Bahía, de Recife,
de Ceará, en esa inmensa es-
tra desolada que los "sertões"
de Cunha en los "sertões" de
José Américo de Almeida
en "Bacajá" y en Ra-
chão de Santa Cruz en Alagoas,
es una dura y sola, un
bandido singular, el "Lampeao"
(de oru-
nada, Lampeao, y se lee
"favela" en español).

PROXIMO a caer,
en poder de la po-
licía montada, su
nombre, en estos
últimos tiempos, ha
dado que hacer a los diarios, que
dedican columnas y columnas al
tema de sus fechorías. No es
raro que la última expedición
que se prepara contra el ban-
dido se estruque con el descomen-
samiento del terreno y con la
astucia del bandido y sus se-
cuaces por hoy, como nunca,
la gente se subleva de indigna-
ción frente a la crónica que,
fácilmente, nos trae el estado
de sus espantosas hazañas.
Hombre que tiene don de ubi-
cuidad, sangre fría y que ocu-
pa con facilidad a sus perse-
guidores, hace años, no se crea
por eso que "Lampeao" es un

Raúl González Tuñón



LOS LIOS DE DEDALITO Y SPAGUETTI

non **SEGAR**



CONTINUARÁ



Un hombre de Kaaria se había hecho amigo del hijo de un rey. Eran muy buenos amigos, hasta que un día murió el rey y su hijo se hizo rey. Entonces se acabó la amistad y el joven rey trató de deshacerse del antiguo amigo. El rey lo persiguió por todos sitios, pero sin conseguir acabar con Surro Sanko. Surro Sanko dijo: "Es muy sencillo. Tú quieres matarme. Puedes matarme, primero, si me ves solo; es decir, si me sorprendes con roles de mi mujer. Puedes matarme, segundo, si miento o digo algo que no sea verdad. En tercer lugar, puedes matarme al perseguir que te cobardo." El rey dijo: "Bien: así será."

El rey tomó en seguida sus medidas. Llamó a un cacique cuyo pueblo estaba a un día de distancia, y le dijo: "Mañana por la mañana te enviaré a Surro Sanko, que te dirá que vengas a verme en

A la mañana siguiente el rey llamó a Surro Sanko y le dijo: "Vete por el camino a casa del cacique y dile que vengas en seguida a verme." Surro Sanko contestó: "Está bien."

seguida. Dile que si y ensilla tu caballo; dile que me marche delante, diciéndole que a caballo le alcanzará. Cuando se marche, desénle y no vengas. Surro Sanko llegará y me dirá que tu vienes y eso será una mentira." El rey le dijo: "Así lo haré."

El rey llamó a cien soldados y dijo: "Mañana enviaré a Surro Sanko por el camino en busca de aquel cacique. Llévadle pólvora en abundancia, pero sin balas. Cuando Surro Sanko venga por el camino, sin sospechar

nada, disparad sobre él con pólvora, pero no con balas, para que se asuste." Los cien soldados dijeron: "Así lo haremos."

OON 3 MUJERES

Luego el rey mandó llamar a tres hombres y les dijo: "Mañana por la mañana enviaré a Surro Sanko a casa de tal cacique. Surro

Sanko tiene tres mujeres. Después que se marche la cada uno en busca de las mujeres de Surro Sanko y acostas con ella. Tendrás que estar con una de las tres mujeres de Surro Sanko hasta que ésta llegue. Entonces procurad que Surro Sanko os vea en actitud conveniente con sus mujeres. De este modo Surro Sanko tendrá celos." Los tres hombres dijeron: "Así lo haremos." A la mañana siguiente, el rey llamó a Surro Sanko y le dijo: "Vete por tal camino a casa de aquel cacique y dile que vengas en seguida a verme." Surro Sanko dijo: "Está bien." Se puso en camino. Cuando llevaba un trecho andando, empezaron a disparar sobre él con pólvora los soldados desde el sitio en que se habían escondido. Llevaba consigo un arco y tres flechas. Al divisar un hombre, metió en el arco una flecha y mató a uno; luego mató a un segundo soldado y a un tercero. Los demás soldados miedos y volvieron a la ciudad. Los noventa y seis fueron a ver al rey y dijeron: "Surro Sanko ha matado a tres de nosotros. No se asusté cuando disparamos. Podría matarle, pero no metió flecha."

Entonces, Surro Sanko llegó a casa del cacique y dijo: "El rey ordena que vayas a verme en seguida." El cacique dijo: "Así se hará." Envió su caballo. Puso un pie en el estribo derecho, pero antes de poner el otro pie en el estribo dijo: "Vete tú delante y vé a pie y yo a caballo te alcanzaré en seguida." Surro Sanko dijo:

de. La mujer reconoció en el acto al demonio que, en una noche lejana, había venido a buscar el alma de su marido. El genio del mal, que a su vez había reconocido a la anciana, le dijo: "Aquella vez me has engañado. Cae en la trampa de donde a mi vejez. Estoy esperando el error durante veinte

"Está bien." Se puso en camino. El cacique volvió a desmontar, mandó que desensillara el caballo y se quedó en casa. Surro Sanko llegó donde estaba el rey. El rey preguntó: "¿Vendrá el cacique?" Surro Sanko dijo: "Sin duda le he dicho bien. Pero no puedo saber el vendrá realmente. Si pone el pie izquierdo en el estribo como tenía puesto el derecho, acaso venga; yo sólo lo vi montado a medias." El rey dijo: "Si es así, vete a tu casa."

Surro Sanko se fué a su casa. Llegó a casa de su primera mujer, abrió y vio junto a ella un hombre que justamente se ponía los pantalones. Corrió tranquilamente la puerta y se fué a casa de la segunda mujer. En el momento de abrir, salió un hombre que se puso en cucullos.

Luego corrió también esa puerta, se fué a casa de la tercera mujer y abrió. Pero en el momento de entrar, su frente tropezó con la de otro hombre que justamente se iba. Corrió tranquilamente también esa puerta.

QUERIAN MARCHAR

Se puso en mitad del camino y llamó: "¿Me he hecho algunos de comer? Decidme dónde está mi parte." A esto salieron las tres mujeres con las calabazas llenas de comida; con cada una de ellas

venía un galán. Los tres hombres querían irse, pero Surro Sanko les dijo: "No podéis ir así. Esperad que mis mujeres hayan puesto comida bastante para nosotros cuatro. Quedaos a comer conmigo." Los tres hombres se lavaron las manos y se sentaron a la mesa. Se pusieron a comer los cuatro juntos.

Cuando los tres hombres iban a irse, dijo Surro Sanko: "¡Esperad! Yo os acompañaré." Los acompañó hasta la puerta y después hasta el sitio en que se encontraban las tres comilonas. Surro Sanko dijo a cada uno: "¡Vete a tu casa! ¡Vete a tu casa! ¡Vete a tu casa!" Los tres hombres se fueron a ver al rey y le dijeron: "Podéis matar a ese Surro Sanko, pero no darlo colas." Al día siguiente, el rey mandó llamar a las tres mujeres de Surro Sanko y les preguntó: "¿Os ha reñido vuestro marido Surro Sanko porque agor habéis tres hombres con vosotros?" Las tres mujeres dijeron: "No, no nos ha dicho ni una palabra." El rey di-

El Diablo Goloso

cuento chino

En Zein Su vivía un hombre casado, llamado Li, que llevaba una vida conyugal ejemplar. A la edad de cincuenta años Li murió repentinamente, dejando a su esposa desconsolada. Cuando lo pusieron en el ataúd la viuda desconsolada no dejó que choraran la tapa de este. Se pasaba los días junto al caño, llorando a lagrimas vivas. Li conocedor y a la madregada, cuando de acuerdo con el rito, debía dejar de llevar, la mujer se acercaba al féretro y, atrando la tapa de éste, contemplaba durante un largo rato el cadáver de su marido. Los habitantes de Zein Su creían firmemente que, en la sepultura, noche después de la muerte de un ser humano, a la vivienda de éste viene un mensajero del infierno a buscar el alma del difunto. Por eso, cuando llegó la sepultura noche después del deceso de Li, nadie quiso permanecer en la casa de aquel.

La viuda de Li, después de haber llevado a sus hijos a la habitación más lejana de la casa, se quedó sola cerca del ataúd de su esposo, escondida detrás de la cortina de la alcoba. A esp de la media noche una brisa gacial llenó la pieza, llevando con ella algunas lámparas que allí ardían.

ENTRA EL DIABLO

Acostó, pero la ventana, penetró un diablo de enormes dimensiones, peludo como los ojos azules, encendido como braxas. En una mano llevaba una horquilla de hierro y en la

otra una aguja, destinada para manipular al difunto. Después de esto, se acercó el huesped infernal al féretro. En sus ojos al lado del caño una mancha blanca de espaldas manifiesta. El demonio goloso trató inmediatamente al suelo la horquilla y la aguja, abalanzándose sobre la mesa, se puso a devorar con avidez las comidas y a beber en abundancia los vinos allí puestos. Entrante el alma de Li, trémula y quejumbrosa, vagaba a tientas por la habitación, palpando los muebles. De esta manera, topó contra la alcoba. La viuda allí escondida le tomó en los brazos, sollozando amargamente. El alma de Li estaba fría como el hielo. La mujer apresuró a revolver en una fraseada, para consolarla de los ojos del difunto. Este, después de haberse atrevido hasta más no poder, se puso a buscar el alma del difunto. La esposa de éste llamó a viva voz a sus hijos. El mensajero infernal, asustado por sus gritos, huyó desprovisto, dejando su horquilla.

REANIMADO

La mujer, secundada por sus hijos, puso en el ataúd el alma de su marido, envuelta en la franela. El cadáver, inmediatamente, respiró y vivió. Entonces la esposa y los hijos de Li lo sacaron del féretro, lo acostaron en la cama y le dieron a beber una copa de aguardiente de arroz, hasta el punto que el hombre se reanimó por completo. Los vecinos del reanucado, que acudieron en tropel a la casa de éste a la mañana siguiente,



Se escondió la viuda y pudo ver que el diablo entraba en la pieza por una ventana. Era un diablo de enormes dimensiones, peludo, con ojos azules, en una mano llevaba una horquilla de hierro y en la otra una aguja, destinada para manipular al difunto muerto.

te, observaban con curiosidad la horquilla que en su predilecto foga había dejado el diablo. Era una de las horquillas que suelen usarse para quemar pupas de moscas, en homenaje a los muertos. Desde entonces los esposos progridieron por espacio de veinte

años. Pero hoy llegó mi turno para castigarle fuertemente y me voy a resarcir. La mujer volvió a su casa meditando. La noche del día siguiente, el demonio, al día siguiente, vino a buscar su alma, radiante de júbilo.

PRAXIANI

HAMBRE DE CARACTER



PREMIAN

man los tres pelos de mi marido."

Al saber esto, el rey se puso muy contento, y dijo a los suyos: "Que venga Surro Sanke." Surro estaba trabajando sin abrigo encima. Al lado estaba un chico que había traído al matrimonio una de sus mujeres. Con la prima, Surro Sanke tomó su abrigo, que era pequeño y corto, y fue a ver al rey. El rey le dijo de un tirón: "El pelo del lado derecho se llama Validitog-mogo-dinye. El pelo del lado izquierdo se llama Kan-kono-to-mume. El pelo cruzado del medio se llama Vokorro-ba-kanyikafula. ¿No es así? Surro Sanke dijo: "Ya puedes matarme."

Lo sacaron de allí. El verdugo iba junto a él con la espada. El rey iba detrás de él. En esto llegó el hijo de Surro Sanke y empezó a gritar: "¡Mi abrigo, mi abrigo! Me lo van a llevar de nosotros." El chico no se preocupaba de que iban a matar a su padre; no pensaba más que

en su abrigo. El hijo legítimo de Surro Sanke llegó corriendo y gritando: "¡Padre, padre, padre! ¿Por qué no me lo devuelven? ¡Mi abrigo, mi abrigo! Me lo van a llevar de nosotros." El chico no se preocupaba de que iban a matar a su padre; no pensaba más que

en su abrigo. El hijo legítimo de Surro Sanke llegó corriendo y gritando: "¡Padre, padre, padre! ¿Por qué no me lo devuelven? ¡Mi abrigo, mi abrigo! Me lo van a llevar de nosotros." El chico no se preocupaba de que iban a matar a su padre; no pensaba más que

en su abrigo. El hijo legítimo de Surro Sanke llegó corriendo y gritando: "¡Padre, padre, padre! ¿Por qué no me lo devuelven? ¡Mi abrigo, mi abrigo! Me lo van a llevar de nosotros." El chico no se preocupaba de que iban a matar a su padre; no pensaba más que

¡No se te pueden dar estos.

NO HAY OSELOSO

El rey mandó llamar a Surro Sanke. Cuando vino, le dijo: "Has hablado con verdad; no tienes miedo, no eres cobarde y no mientes." Surro Sanke dijo: "Te lo puedo explicar."

Surro Sanke dijo: "Estaba una vez en la guerra. Había mucho calor. Entramos a bañarnos. Cuyaron todos mis compañeros. Qué calor yo sola. Faltaba una sed espantosa. Me parecía que iba a morir de sed. Llegué a un lago en que había calaveras y más calaveras. Estaba completamente lleno de calaveras. Pensé que si al poco podía coger un poco de agua en la mano me salvaría. Lo probé. Pero un calán grande, de un coléazo me tiró al agua. En seguida vieron todos los calaveras a dar solotazos y mordiscos. Pero al que me había pegado primero me puso debajo de su cuerpo y me protegí contra los otros. Luego me llevó a su cueva, que estaba bajo tierra. Me

Y Surro Sanke, después de haber estado en las aguas de un lago lleno de calaveras. Uno de ellos le pegó una calaveras y lo arrojó en medio de los demás calaveras. Entonces, el que le había pegado el calaveras lo protegió con su cuerpo de una muerte segura. ¡Pero, naturalmente, calaveras se acercaron y hasta lo mordieron. El que lo había salvado lo llevó a su cueva bajo la tierra. Esperó con tranquilidad el momento de salir hasta que llegaron unos antílopes enormes

quedé en la cueva. El calán se marchó. A la entrada de la cueva había calaveras. Yo no sabía cómo salir. En esto entró por encima una manada de grandes antílopes. Uno de ellos hizo con la pata un agujero en el suelo. Entró la luz del sol, y vi que el calán que me cubría era muy diferente. ¡Bueno! El antílope y yo. Desde ese día no he vuelto a tener más miedo. Surro Sanke dijo: "Ha sido un buen compañero, a causa de botín. Errores: tenía. Nos pasamos tres meses sin hacer ni una sola cosa. Todo nos salió mal. A los tres meses en la cueva sin ver una mujer. Un día nos acordamos de una mujer, y pensamos como si fuéramos calaveras." La calavera dijo: "Por haber demastado." Yo dije: "¿Por qué?" La calavera dijo: "Por hablar demasiado." Tres veces me habló la calavera. Seguí mi camino.

UNA CALAVERA

Surro Sanke dijo: "Un día fui yo caminando. A bastante distancia del pueblo encontré una calavera de hombre tirada en el suelo. Pregunté: "¿Cómo viene a parar tan lejos del pueblo esta calavera?" La calavera dijo: "Por haber demastado." Yo dije: "¿Por qué?" La calavera dijo: "Por hablar demasiado." Tres veces me habló la calavera. Seguí mi camino.

Llegué al pueblo cercano. Le conté al jefe del pueblo: "Entre tu pueblo y el anterior, hay una calavera que habla." El jefe del pueblo me dijo: "Mientes." Yo dije: "No, no miento, y si no la crees, dame tres hombres. Se la enseñaré y podrán oír." El jefe del pueblo dijo: "Bueno, que vayan contigo los hombres. Si es verdad que la calavera habla, está bien. Si no, que te corten la cabeza por embustero." Me fui con los dos hombres. Cuando llegamos a la calavera, le pregunté: "¿Por qué está aquí?" La calavera no respondió. Le pregunté tres veces, pero no respondió. Entonces los dos hombres me atacaron como los habían mandado, y uno de ellos levantó la mano y le golpeó en la cabeza. Yo dije: "¿Por qué has hablado ayer y por qué

no hablas hoy?" La calavera dijo: "¡Ude, ude!" (¡la boca, la boca!") Los hombres dijeron: "Ahora ha hablado." Me destaron. Me llevaron al jefe del pueblo y dijeron: "Es verdad, la calavera habla." Desde entonces digo: "De los dos agujeros del cuerpo por donde sale la saliva, el más peligroso es la boca." Y desde entonces no miento. El rey dijo: "Está bien: no te puedo matar."

Surro Sanke dijo: "Hay tres pelos en la cabeza. Si averiguo cómo se llaman esos tres pelos, podré matarme." El rey dijo: "Está bien."

QUEDO INCOMODADO

El rey estaba tan incomodado por no haber podido matar a Surro Sanke, que decidió descubrir el pelo de los tres pelos de Surro Sanke por todos los medios. Mandó llamar a la primera mujer de Surro Sanke y dijo: "Eres mujer de un hombre que no es rico. Si me llevas estos tres pelos de tu marido, me caso contigo y te regalo muchas vacas." La mujer dijo: "No te lo puedo decir, porque no lo sé." El rey llamó a la segunda mujer y le dijo: "Eres mujer de un hombre que no es rico. Me caso contigo y te regalo muchas vacas." La mujer dijo: "No te lo puedo decir, porque no lo sé." El rey llamó a la tercera mujer y le dijo: "Eres mujer de un hombre que no es rico. Me caso contigo y te regalo muchas vacas." La mujer dijo: "No te lo puedo decir, porque no lo sé."

contigo y te regalo muchas vacas." La mujer dijo: "No te lo puedo decir, porque no lo sé." El rey llamó a la segunda mujer y le dijo: "Eres mujer de un hombre que no es rico. Me caso contigo y te regalo muchas vacas." La mujer dijo: "No te lo puedo decir, porque no lo sé." El rey llamó a la tercera mujer y le dijo: "Eres mujer de un hombre que no es rico. Me caso contigo y te regalo muchas vacas." La mujer dijo: "No te lo puedo decir, porque no lo sé."

Ilustró PREMIAN



LOS CEBOLLITAS Y EL CAPITAN

191^o Dirks



BUENO AMIGO, PERDIÓ TODO PORQUE ESTÁ FUERA DE TRAINING PARA EL POKER. ESCARBE POR AHÍ Y TRAIGA MAS ORO QUE LE DARE EL DES-QUITE!



¿VE? ¡AHORA QUE NO JUEGO, TENGO POKER!



¡SI DIVISAS EL COCOTERO ALUCINADO, NO TE OLVIDES, CHE PROFESOR, DE HACERLE SEÑAS AL ATORRANTE QUE HAY EN LA ISLA QUE NOSOTROS VAMOS A SALVARLO!



BIEN BIEN, CUANDO CUIDARE EL COHETE, ES POR QUE HE DIVISADO LA ISLA.



¡QUE SUFRÁ MUCHO, PERO QUE NUNCA MUERA! ¡HAY, AURORA SI TE AMO TODAVIA!



¡YO NO SOY BUENA MOZA, YO NO SOY BUENA MOZA, NI LO QUIERO SER!



¡COBARDE, TE VOY A ENSEÑAR A ATACAR A UN HOMBRE POR LA ESPALDA!



¡AY!



¡COBARDE, TE VOY A ATACAR A UN HOMBRE POR LA ESPALDA!



¡TRAIDOR, INFAME! ¿CREES ACASO QUE LA ISLA ES LA ESPALDA DE UN HOMBRE DECENTE?



¡QUIEN ME MANDÓ, SEÑOR, A SALIR A "RODAR" AGUA CON ESTE BANDIDO, CON ESTE CARETA!



¡Y DEBES IRTE LO MAS PRONTO POSIBLE AL JARDIN DE INFANTES, A APRENDER A DISTINGUIR LAS PERSONAS!

¡YO SOY UN HOMBRE DE PRÓ Y NO PUEDO ESCUCHAR CONSEJOS DE PICARGOS!

BIEN PODIAN HABER SIDO ESOS DOS LOBITOS... PERO NO, ES IMPOSIBLE. ¡ES EL VIEJO!

¡NO TENGAS MIEDO, TIRA TODOS LOS COHETES Y LLEGAREMOS A LA LUNA!

¡TE PREVENGO, VIROLA QUE ESTOY AGUSTADO DE LO QUE HE MOS HECHO.

¡UN BUQUE! ¡UN BUQUE! ¡ESTAMOS SALVADOS!

¡BOM! ¡BOM! ¡BOM!

CONTINUARÁ

IN una aldea de la provincia de Moushuhin, vivían dos leñadores, Mosaku y Minokishi. El primero era un muchacho y el segundo tenía solo dieciocho años de edad.

Los dos hombres solían ir diariamente al bosque, que distaba cinco millas de su aldea, para cortar leña. Por el camino tenían que cruzar un río muy ancho, efectuando la travesía en una balsa, pues todos los puentes que se construían en este lugar, se derribaban instantáneamente por la poderosa corriente del río.

Una noche de invierno, al volver del bosque, Mosaku y Minokishi fueron sorprendidos por una gran nevada de nieve. A duras penas llegaron hasta el río, cuando no se podía avanzar más, al ver la balsa en la orilla opuesta de éste. El tiempo no era propicio, que digamos, para cruzar la corriente a nado y nuestros leñadores no tuvieron más remedio que cobijarse en la cabecera del balsa, considerando dichoso por haber encontrado un lugar donde guarecerse y resguardarse de la tormenta. En la choza no había brasero y era ésta de dimensiones tan reducidas, que ni siquiera había lugar para estender una hoguera. Los hombres corrieron la puerta y se acostaron al suelo, cubriéndose con sus capas delgadas y heladas de frío.

El viento quedó dormido casi en seguida, mientras que el joven usó un largo rato sin poder conciliar el sueño, prestando el oído a los ruidos del viento y al continuo roce de la nieve contra la puerta. El río bramaba y rugía. La humilde choza se balanceaba chirriando, como un solo en el mar. El frío se volvía siempre más intenso y Minokishi temblaba acurrucado debajo de sus trapos. Por fin el cansancio pudo más que él y el joven se tendió por el suelo.

LA COMPASION

A medianoche, el muchacho se despertó aterrado. Con gran asombro suyo vio la gran puerta de la choza abierta de par en par. Una mujer vestida de blanco estaba inclinada sobre Mosaku y le hablaba en la cara, su aliento se parecía al humo blanco. Minokishi la contempló



En una aldea de la provincia de Moushuhin, vivían dos leñadores, un anciano y el otro muy joven

Una noche cuando los chicos se fueron durmiendo, Minokishi observó en silencio a O-tuki que estaba alambreada por una lámpara puesta a la altura de la cabeza. El leñador dijo: "Al ver así, con el rostro iluminado, me acuerdo de un caso extraño que me ocurrió cuando yo tenía diez y ocho años".

ba con los ojos desmesuradamente abiertos. En aquel preciso momento la desconocida se incorporó y se la acercó despacio. El joven quedó petrificado, sin poder articular palabra ni gritar. La mujer blanca se inclinó hacia él y entonces el leñador pudo reconocerla de que era su hermosa, a pesar de la cruel expresión de sus ojos. Después de mirar fijamente a Minokishi, por espacio de un momento, la bella dijo sonriendo:

su receptivo vivían, dudando si no había entrado en su sueño la desconocida mujer blanca. El joven lanzó a grandes voces a Mosaku, pero no obtuvo respuesta. Pasa de otro terror empezó a buscarle a tientas en la oscuridad y cuando por fin dio con el cuerpo del anciano, lo encontró helado. El pobre estaba muerto. Hacia la madrugada la tormenta amainó. El balsa volvió a su cabecera y encontró allí a

Minokishi que yacía desmayado al lado del cadáver de Mosaku. Gracias al auxilio que le prestó el hombre, el joven volvió en sí, pero se enfermó gravemente, como consecuencia del terror que le ocasionó la muerte de su viejo compañero. Cumpliendo al pie de la letra la orden de la mujer blanca, jamás volvió a salir de su encuentro nocturno con ella.

UN ENCUENTRO

Una vez restablecido su salud, Minokishi empezó a ocuparse de nuevo de su oficio. Todas las mañanas iba solo al bosque y todas las noches volvía de allí cargado de leña, que su madre vendía al día siguiente en el pueblo.

Una noche de invierno, yendo a

de y madre y que se dirigía a lodo, a casa de unos parientes suyos, que podrían ayudarlo a emplearse como sirviente.

El leñador, encantado por la joven, preguntó si no estaba comprometida, a lo que O-tuki contestó negativamente. Luego, a su vez, le preguntó si no estaba casado. Minokishi replicó que tenía la obligación de mantener a su madre, viuda, y que, por otra parte, la cuestión acerca de la "venerable mujer" aún no se había tratado en su familia, por ser él muy joven todavía.

Este coloquio fue seguido por un prolongado silencio. Pero... el refrán dice que "cuando existe el deseo, los ojos pueden decir

laumento y el llegar a su aldea natal Minokishi propuso a O-tuki entrar a su casa para tomar un desayuno. La muchacha, algo intimidada e indecisa, aceptó, sin embargo, su invitación.

LOS DIEZ HIJOS

La madre del leñador le dispuso una cordial acogida. La anciana amó a primera vista a O-tuki y le pidió que postergase su viaje a lodo. La joven consentió. Al cabo de un tiempo, naturalmente, no abandonó más la casa hospitalaria y quedó en ella en calidad de la "venerable mujer".

O-tuki fue muy amada por su marido y por la anciana madre de éste. Los últimos días de su vida le dijo:

—Tú me has dado un hijo, pero el cielo es que aquella era la única vez en mi vida cuando llegué a ver a un ser tan bello como tú. Me inspiró un medio amor, pero... era tan hermosa y blanca. En realidad nunca supe con seguridad si aquel encuentro era un sueño o una visión de la Mujer de la Nieve.

Una noche, cuando los chicos estaban durmiendo, Minokishi observó en silencio a O-tuki que estaba alambreada por una lámpara puesta a la altura de la cabeza. El leñador dijo: "Al ver así, con el rostro iluminado, me acuerdo de un caso extraño que me ocurrió cuando yo tenía diez y ocho años".

—¿Entonces cómo sucedió aquello? — preguntó O-tuki, sin alzar la vista de su labor. — ¿Dónde has visto a la mujer?

LOS RELATOS

Entonces Minokishi le relató los incidentes de lo horrible que le había pasado. Describió la alucinosa muerte de su hijo con palabras y gestos, mientras se inclinaba sobre su lecho. —No sé si dormía o estaba despierto cuando me apareció — pero lo cierto es que aquella era la única vez en mi vida cuando llegué a ver a un ser tan bello como tú. Me inspiró un medio amor, pero... era tan hermosa y blanca. En realidad nunca supe con seguridad si aquel encuentro era un sueño o una visión de la Mujer de la Nieve.

HUYO LA ESPOSA

O-tuki se puso de pie con un movimiento brusco, se acercó a su marido y le dijo en voz alta y en tono amenazador: —He sido yo... Ha sido Iukki-Onna... Acuéstate que aquella noche te advertí que te iba a quitar la vida si llegabas a relatarme a alguien el suceso... Por amor a nuestros hijos no te volveré en seguida. Pero, cualquier día, cuando te encuentres solo, tendrás que contarme con toda la severidad que me des.

A medida que hablaba O-tuki, su voz se volvía siempre más firme, le prendió por fin a asomarse al albedío del viento. Su cuerpo, convertido paulatinamente en un humo blanco, se elevó al techo y desapareció volando por la chimenea.

Desde entonces nadie jamás volvió a ver a la bella O-tuki.

Traducida por

R. L. DE DORFMAN

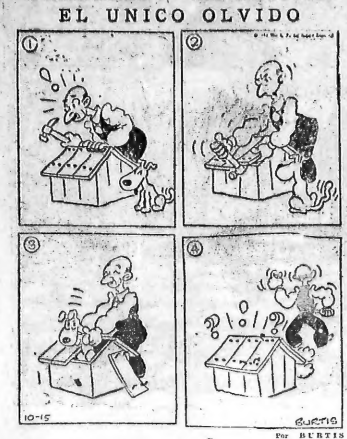
Soluciones de Puzzles Publicados el Día 14



Puzzle titulado: (Pueden salvar a la muchacha asustada?)



Puzzle titulado: (Por dónde es el camino más corto a la casa?)



EL UNICO OLVIDO

Un día dos mendigos iban a pie las montañas, o a versano de acuerdo de su situación precaria.

De pronto vieron a lo lejos un carruaje lujoso, con alabarderos, seguido por un lacayo. Los vagabundos creyeron que el dueño del coche debía ser un señor rico que, tal vez, tuviera desechos de comida que les diera una limosna. Por eso corrieron al encuentro del vehículo, quejándose de su miseria con voces plañideras.

Entonces el interior del coche salió un señor lujosamente ataviado, que cortó con su cuchillo dos batones de los arbolitos que crecían a la vera del camino, regalándolos a los mendigos.

—Por esta vez — dijo — conténtense con eso; ya llegará la época en que no pasarán más miseria.

Los hombres aceptaron los batones, sin atreverse a rechazarlos por los mirares regios, en parte debido al aspecto pomposo del caballero, en parte por temer a los alabarderos. Entretanto el poderoso señor (que no era otro que Rúbezah, volvió a subir al carruaje, poniendo los caballos al galope.

Los dos mendigos desolados, quedaron en el medio de la carretera. Por fin uno arrojó lejos de sí el bastón, diciendo:

—¿Para qué quiero este

de la vuelta a su casa, el leñador se encontró con una joven que se parecía al mismo camino. Era una muchacha esbelta y hermosa, que le contó al saludo de Minokishi con una voz sonora y agradable como la canción de un pájaro. Los jóvenes entablaron una conversación. La desconocida dijo a Minokishi que se llamaba O-tuki (y que recién se quedó huérfana de pa-



Rúbezah, le dijo: "No tendrán más miseria"



"Linda pareja de gente"

Solución del puzzle titulado: "Siete son los errores"

- 1 - Los zapatos no son iguales.
- 2 - Una pila de la silla no existe.
- 3 - Un marco está sin fotografía.
- 4 - La alfombra no tiene los flecos.
- 5 - El cordón de la lámpara eléctrica es excesivamente corto.
- 6 - La pata de la mesita es incompleta.

el tanto como la boca". Por el camino la nutria alpatía entre los jóvenes las in-

lor que eso. Un simple palo pudo cortarme también de un arbolito.

—Por qué te enojas tanto, hermano? — replicó el otro. En cuanto a mí, voy a guardar este bastón. ¿Quién sabe si algún día me servirá algún día? Lo voy a conservar, aunque más no fuera para poder decir que lo obtuve de las propias manos de un poderoso señor.

Los dos prosiguieron su camino, entregados a sus cavilaciones, mientras bajaban la montaña.

Una vez en la planta de ésta, el mendigo que había guardado el bastón regalado por Rúbezah se dio cuenta de que éste no había convertido en oro puro.

Al ver este fenómeno, el otro, perdidísimo le exigió la mitad del tesoro.

—No — contestó el primero —. Hice maravillas en castigo por ser zorro. ¡Por qué has tirado tu palo? Si no lo hubieras hecho ahora hubieras tenido tanto oro como yo.

El mendigo, desesperado, volvió sobre sus pasos para buscar el bastón que en un momento de irreflexión había arrojado en el camino. Todo fue en vano, ya no encontró el rastro de aquel, a pesar de la búsqueda desesperada del hombre.

agülla en su lecho mortuorio consistían en la alabanza a la esposa de su hijo.

La joven dio a luz diez hijos, todos de tan blanca, O-tuki infundió respeto y admiración a los habitantes de la aldea que la consideraban una mujer sobrenatural. La mayor parte de las campañas apocápticas corrieron pronto. En cuanto a O-tuki, aún después de haber tenido diez hijos, permanecía siempre tan joven y fresca como el día de su llegada al pueblo.

¿Quién Asustó al Dormilón?



TRÁCESE con un lápiz una línea que vaya del 1 al 2, al 3, y así sucesivamente hasta el último número, y se habrá diseñado entonces la figura que ha asustado al dormilón. ¿Qué será?

LE SANCY

Unico jabón perfumado con el
"Bouquet de Lavanda de Dubarry"
"que huele a limpio"



Señora:

El Paquete familiar LE SANCY

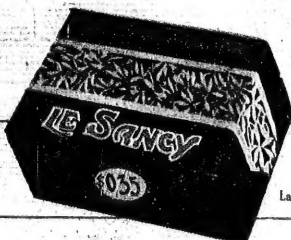
...ha sido creado en beneficio de los hogares que consumen mucho jabón.

En esta época de calores, la necesidad de este artículo se aumenta, por eso le conviene aprovechar esta ventaja.



El Paquete Familiar LE SANCY se vende en las Farmacias y Perfumerías a \$ 4 y contiene 12 jabones

Tiene la forma de un jabón LE SANCY gigante



0.35

La Pastilla de 115 gramos

"El más barato de los jabones finos,
y el más fino de los jabones baratos"

Perfumería
Dubarry

